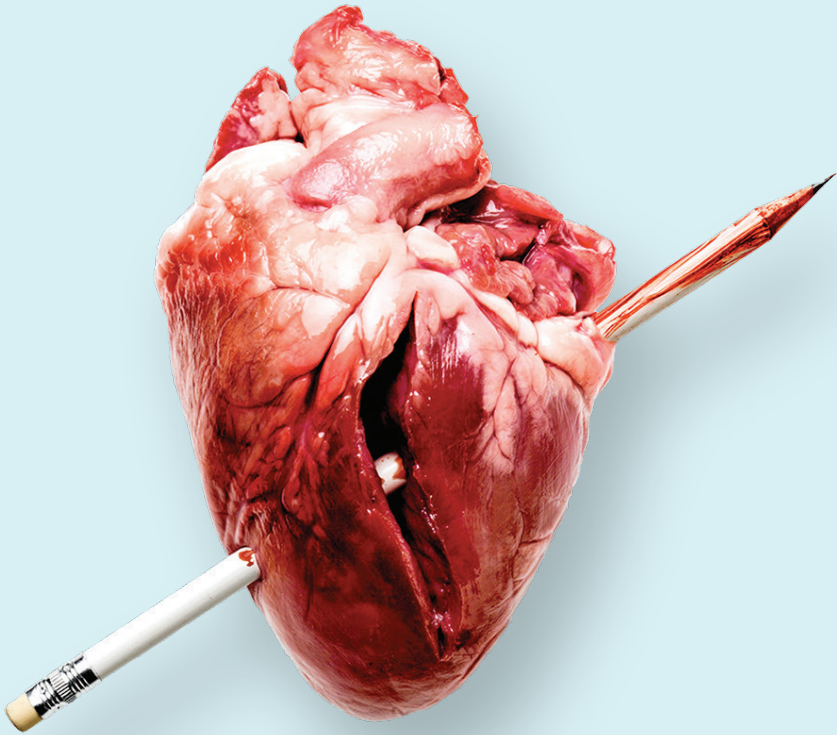


**RELATOS
FANTÁSTICOS
IV
FANCINE-UMA**



ÍNDICE

PARA SIEMPRE de Juan Miguel González Aguilera

Premio categoría UMA_____4

CALLE DEL CÍRCULO de Alberto de Frutos Dávalos

Premio categoría GENERAL_____6

REGALO DE LAS MUSAS de Esteban Aguayo Sepúlveda_____8

UN SUEÑO EXTRAVAGANTE de Pablo Barrios Pastor_____10

ALMA de Marta Cemborain Baena_____12

VIAJEROS de Carmen del Pino López_____14

LA INASIBLE ESENCIA DE LA FELICIDAD de Carlos Duarte Cano_____16

EL OTRO de José Luis Fernández Fernández_____18

EL TRAZO GRUESO DE LA MUERTE de Gustavo Eduardo Green Sinigaglia_____20

CRÍMENES DE MADERA de Ginés Mulero Caparrós_____22

LA JUSTA LLUVIA de Francisco Javier Muñoz León_____24

LA TUTORÍA de Antonio José Quesada Sánchez_____27

COLOR MIEL de Miguel Ángel Rey Carrasco_____30

EL ASESINO DE LAURA de José Ruiz García_____32

ÁNGEL EXTERMINADOR de Ramón Zarragoitia Mezo_____34

PARA SIEMPRE

JUAN MIGUEL GONZÁLEZ AGUILERA

PREMIO CATEGORÍA UMA

Era un día caluroso. Tom cerró la ventana de su habitación, la sofocante flama que entraba no le dejaba descansar en su apetecible cama. Deambuló hasta ella y se tumbó sobre su acolchado edredón y posó su mirada en un punto fijo del techo, el mismo punto que tantas veces había perforado con la misma cuando quería dejar su mente en blanco. Le resultaba difícil no pensar en nada. Podía perder horas y horas intentando vaciar su mente hasta que, inevitablemente, caía dormido en la más profunda bruma de libertad etérea. Para él no era tiempo perdido, sino más bien invertido en aquello que consideraba el momento más feliz del día: conseguir dejar atrás todos los lazos terrenales y volar. Flotar en un inmenso vacío lleno de gratificante nada.

La verdad es que Tom no era un chico corriente. No lograba encajar en ningún círculo en el que intentaba incluirse y nunca se sentía cómodo en ninguna de las situaciones, que tenía que afrontar con extrema dureza día a día. Odiaba reír, el frío de la mañana, el olor a mar que escapaba desde la playa hasta el gran jardín de su casa; odiaba incluso respirar. Se sentía como si un día, y sin saber cómo ni por qué, algo o alguien le hubiese puesto ahí, en medio de aquello que querían llamar Tierra, que conformaba ya un puzle perfectamente formado y en el cual sobraba una pieza que no conseguía encajar en ningún sitio: Él.

Nadie hubiese imaginado que aquel día a Tom algo más le iba a ocurrir en la rutina de su vida. Tom hizo lo mismo que cada día. Dio un

portazo, tiró la mochila en un rincón, subió corriendo las escaleras y cerró tras de sí la puerta de su habitación. Se tumbó en su mullida cama y fijó su mirada una vez más en el mismo punto de siempre, a la misma hora de siempre y de la misma forma que siempre. Lo que Tom no sabía es que ese siempre iba a empezar a dejar de tener significado para él.

Sus ojos comenzaron a cerrarse cuando, de repente, notó que ese punto en el que siempre había fijado la vista se hacía más y más grande, tanto que Tom dio un salto de su cama, asustado, y abrió sus ojos, atónito. De repente se encontró inmerso en una gran oscuridad. Su habitación había desaparecido. No había espacio físico ni sensación palpable posible. Estaba ahí, estático, sobre una inmensa nada.

Tom corrió, desesperado. No sabía adónde ir ni cómo. Gritó y gritó hasta agotar el aire de sus pulmones, lloró hasta quedarse sin lágrimas. Era inútil. Estaba atrapado en medio de nada, en un lugar, por llamarlo de alguna forma, donde no quería estar, pero paradójicamente siempre había deseado.

Agotadas todas sus fuerzas, una luz surgió a lo lejos. Tom se acercó asustado y vacilante se puso debajo de ella. Miró hacia arriba pero no había nada que pudiese ver. Una voz que le recordaba mucho a la suya retumbó en cada poro de su asustada piel y dijo en voz muy alta: ¿PARA SIEMPRE? Tom no sabía qué decir ni qué hacer. Se quedó callado. Su mente daba vueltas sin cesar. Odiaba el mundo en el que vivía pero ¿hasta qué punto?, en el fondo de su conciencia quería permanecer ahí, sin más, pero ¿para siempre?

Intentó recordar todos los momentos que le vinculaban a su vida pero no pudo recordar nada y entonces, lo entendió. Ese gran vacío en el que cada día se sumergía no eran más que sueños sin formar. Carecía de recuerdos porque se oponía a vivir su vida. No podía tener nada que recordar porque vivía ajeno a él mismo. Tom cerró fuertemente los ojos y se agarró al único recuerdo que le ataba a su vida, aquel punto fijo del techo de su habitación, y deseó con tanta fuerza volver, que al abrir los ojos se encontró allí, sobre su cómoda cama, en su apacible habitación.

Ya se había hecho de noche. Los últimos rayos de sol hacía tiempo que dejaron de asomar por el horizonte. ¿Había sido una pesadilla? Corrió escaleras abajo, buscó a su madre en la cocina y le dio un fuerte abrazo. Ese sería el principio de su vida, el primer gran recuerdo de todos los que le quedaba por vivir, para siempre.

CALLE DEL CÍRCULO

ALBERTO DE FRUTOS DÁVALOS

PREMIO CATEGORÍA GENERAL

Vivo en una calle por donde pasan siempre los mismos coches. Enfilan como hormigas laboriosas desde el número 1 de la calle del Círculo hasta el número 30, que marca el final del tramo comprendido entre dos pasos de cebra. Luego giran a la derecha, dan la vuelta por el callejón de atrás, y reaparecen ante el semáforo del primer paso de peatones. Todos los días observo desde la ventana la marcha de esos automóviles conducidos por idénticas personas, orgullosas de su pericia al volante. El primero que pasa es un Fiat color azul, luego viene el Renault 18 blanco, el Opel Corsa gris... A la misma hora se quedan atascados ante el semáforo en rojo, mientras los paseantes —que nunca se han fijado en que el taxista que pita a la mujer embarazada es el mismo que la lleva pitando tantos años— cruzan con sus carros vacíos camino del supermercado o vuelven de él cargados de víveres.

El autobús —el 245— anuncia una película que se estrenó en el cine hace diez años. Quince pasajeros lo ocupan. El más viejo tendrá ochenta años, el más joven es un niño de unos siete años que ha dejado la mochila en el suelo. Una mujer con gafas lee un libro de Sartre que cierra cada vez que pasa frente a la farmacia, y una pareja discute en los asientos de atrás, quién sabe por qué calamidad doméstica. El 245 tiene parada frente a la panadería, pero nunca se detiene, por lo que los usuarios que esperan se quedan así..., esperando.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que vivía en una calle donde cualquier movimiento se repetía hasta el infinito; y entonces me dije que tanto me daba. Al fin y al cabo, las noches suceden siempre a los días, los espejos nos devuelven siempre la imagen de nuestra tristeza, y una estufa nos da calor como un ventilador frío.

Lo sentí un poco, es cierto, por el niño del autobús que no conocería más que las fachadas grises de mi calle o por esa mujer que no avanzaría más en su aprendizaje existencial. Incluso por el taxista que pitaba a la mujer embarazada, y luego se arrepentía de su acto reflejo.

Sin embargo, nada podía hacer para evitarlo.

Al principio, durante las semanas que siguieron a mi descubrimiento, intenté que se dieran cuenta del absurdo de sus vidas, pero pronto comprendí que yo no era quién para reprocharles nada. Eran felices así. Eran eternos. Nunca sabrían que el amor acaba siendo un juego de mesa o unas sábanas sucias, que la amistad es solo un desagüe de frustraciones, y que la belleza siempre se sacrifica a la agónica tristeza del mundo.

Y aunque nunca llegaran a su destino, sus “espectadores” no éramos mejores ni más afortunados. Tampoco escaparíamos de nuestra cárcel de ventanas. No llorábamos a la misma hora todos los días, pero sentíamos la misma angustia, el mismo miedo, la soledad incurable de vivir. Cuando salía de copas por la noche, me topaba con los mismos jueguistas en los mismos bares. Los mismos arrullos contra las paredes. La cuna en el parque. Las nubes. Las religiones. La mujer en el mercado que dice: “tirandillo como el tiempo”. El perro en el árbol. Un funeral.

Un día, harto de todo, decidí no escribir más. No fui más al cine. No volví a montarme en un autobús por si el conductor caía en el bucle y me arrastraba consigo a su infierno prometeico.

Me propuse huir de la telaraña, cambiar de hábitos para no seguir sonriendo a mi jefe ni disculpando su ignorancia tan atrevida. Así, poco a poco, dejó de obsesionarme el que por mi calle pasaran siempre los mismos coches, como marionetas movidas por un loco.

Cuando aquella mañana me levanté, libre al fin de la esclavitud de los balcones, me asomé indiferente por la ventana para mirar el desfile.

Un accidente lo había trastocado todo: el conductor del autobús había perdido el control del volante, estrellándose contra la farmacia.

En la radio el locutor dijo que habían muerto los quince pasajeros y el conductor. No me sorprendió. Había oído esa noticia hacía diez años.

REGALO DE LAS MUSAS

ESTEBAN AGUAYO SEPÚLVEDA

REGALO DE LAS MUSAS

LAS VOCES, GUSTAVE MOREAU

Primero pensó que eran águilas. Después las creyó buitres, cuando empezaron a volar en círculo; solo sintió miedo cuando las vio bajar en picado y se encontró con sus ojos humanos.

—No somos humanas, somos las musas— dijo la primera, como si hubiera oído sus pensamientos; la segunda no dijo nada.

Hesíodo aceptó la veracidad de la frase con la misma resignación con que se acepta que el Sol sale todos los días. Después miró a su rebaño, corriendo a la desbandada; pensó que era demasiado tarde para que él también pudiera escapar. De todos modos, dio un paso atrás, y entonces las musas dieron dos pasos adelante, sonriendo. Su sonrisa era bella y monstruosa: en esto se parecían a las pesadillas y a los dioses, pensó Hesíodo.

Ellas le preguntaron si temía a los dioses, y no esperaron respuesta: no debía temerlos, debía cantarlos. Hesíodo tembló ligeramente cuando una de las musas se acercó por su espalda y comenzó a abrazarlo: a abrazarlo, y a susurrar en su oído, para matarlo y hacerlo nacer otra vez.

Hesíodo perdió la luz por un momento: vio el Olimpo, la nada, la tierra, los monstruos furiosos emergiendo del inframundo para tomar venganza, las tinieblas, la sangre del padre cielo castrado por su hijo, la oscura cueva cretense donde lloró un niño que llegó a ser rey de los dioses. Cuando recuperó la luz, supo lo que debía cantar.

En el número 14 de la calle La Rochefoucauld, Gustave evitó mirar el lienzo inconcluso y aguzó el oído una vez más, queriendo encontrar el ruido que conocía bien: por cuarenta días lo había esperado en vano, con más testarudez que convicción. Por fin, sintió el golpeteo de las alas en las vigas del techo, como si se tratase de grandes murciélagos; después, el rumor en las paredes de algo que parecía arrastrarse contra la ley de gravedad; finalmente, ante él, los ojos humanos de algo que no era humano: las musas se dignaban a visitarlo otra vez.

Les mostró el lienzo con la escena casi terminada. Sabía que las musas no eran inmunes a la adulación: las había pintado como doncellas, como delicados ángeles persas o cristianos, una volando y la otra abrazando a Hesíodo: abrazándolo y susurrando a su oído, para matarlo como pastor y hacerlo nacer como poeta.

Toda la escena estaba completa, con el cielo y sus colores, con el Olimpo, las rocas, las nubes: solo faltaban los ojos de Hesíodo. Gustave se negaba a pintar esos ojos, hasta llegar a saber algo que muchos habrían considerado imposible:

—La mirada. Quiero ver lo mismo que él vio en ese momento— exigió Gustave a las musas.

Una de ellas se acercó por su espalda y comenzó a abrazarlo: a abrazarlo, y a susurrar en su oído.

Gustave perdió la luz por un momento: vio el Olimpo, la tierra, los monstruos furiosos emergiendo del inframundo... entonces dejó de ver. En medio de la tiniebla inesperada, gritó, amenazó a las musas, después lloró: por fin se disipó la negrura y volvió a sentir el susurro. Con absoluta claridad vio a un hombre cansado, que era él mismo; llevaba flores en la mano y se arrodillaba frente a dos ataúdes: su madre y su amada. En letras que no habría entendido en la vigilia, Gustave leyó el nombre de su madre, seguido de la frase: “cuatro años más”. De nada le habría valido resistirse a seguir viendo: con obscena claridad, vio el nombre de su amada, seguido por la frase: “diez años más”. No le costó entender.

Cuando recuperó la luz, supo la mirada que debía pintar.

UN SUEÑO EXTRAVAGANTE

PABLO BARRIOS PASTOR

Miré hacia atrás, luego abrí la puerta del salón, y entre el humo pude ver unas sombras sentadas, iluminadas apenas por unas velas y el resplandor de la incandescencia de sus pipas. En las estanterías, como vigilando la orgía de fumadores, ídolos tallados de diferentes culturas. Pude reconocer algunos, como el dios del fuego de Teotihuacán, o el egipcio Tot. Pero solo las sombras de aquellos hombres me daban miedo, era como si una sociedad de cadáveres me invitara a entrar hacia lo inefable; mis sensaciones se desbordaron como nunca. Mientras avanzaba, intentaba adquirir una pose elegante, apoyándome en mi bastón, que no tenía otro objetivo que embellecer mi figura, y pretendí una entrada poética en aquella extravagante escena. Me deleitaba yo en el gusto del momento, cuando una voz, procedente de las sombras, pronunció mi nombre.

—Charls Van Vogler.

—El mismo —respondí— el mismo que ríe y llora.

—Dedíquenos un tiempo a nosotros, y disfrutaremos de esos sentimientos que parece tener.

La sonrisa del diablo la llamé, pues apareció burlona tras una nube de humo, haciéndome dudar de mi yo profundo.

—Siéntese —dijo la sonrisa, y a su vez, como si las leyes de la naturaleza le obedecieran, dejaron ver una silla, donde me senté turbado.

Entonces vi sus caras, sus rostros de perversión, de asco e indiferencia; fumaban con elegancia y sin ninguna puerilidad en sus gestos. Pensé que debía presentarme, una pequeña introducción a mi persona, porque mi nombre ya lo sabían.

—Como han dicho, me llamo Charls Von Vogler, yo... —¡Entonces no pude seguir! Pues ¿existía ese “yo”, o solo era un conjunto, una acumulación de pensamientos, ideas y gestos adquiridos? ¿Era yo, o era un hombre, una sociedad desmembrada al gusto de mi mente e inconsciencia, y posteriormente rehecha?

No pude aclararme a tiempo, cuando alguien inquirió:

-Es usted el que ríe y llora, ¿verdad?

-Si, los sentimientos me definen, y más que eso, expresarlos.

-Entonces perfecto, por eso le invitamos a venir.

-¿Pero, qué sentimiento es el que quieren de mí?

-Pues el miedo, y después, los que le hagan sentir la moralidad.

Palidecí. ¿Qué querían de mí unas sombras bien vestidas? Quizás estuviesen locos, y querían deleitarse con mi miedo, pero, ¿a qué?

-Mire, nosotros hablamos de muchas cuestiones, ¿sabe? Nos interesa la historia, la filosofía... pero sobre todo, el comportamiento humano con respecto a otro humano. Las simples relaciones nos parecen insulsas y absurdas, sin embargo, llevadas al límite, apasionan. Sentimos tanto asco hacia lo cotidiano, que hacemos verdaderas estupideces. Hace poco nos dio por servir el té con la tetera al revés, es decir, con el orificio mirando hacia uno mismo; y se puede imaginar, acabó todo perdido. Últimamente hacíamos algo nuevo, un amigo nuestro, cazador nato, nos sugirió la idea de comer carnes extravagantes, fuera de lo común en la dieta humana. Pero cuando nuestro amigo se marchó empezamos a divagar sobre el tema... y ahora nos morimos por hincarle el diente.

-¿A quién?

-Por supuesto, a nuestro amigo el cazador.

Al principio pensé que se trataba de una expresión, pero al fijarme en sus caras, difuminadas por la habitación, me pareció que aquellos dientes estaban afilados como si de bestias se tratase, y no pude más que dejar escapar, de entre el lamento de la desesperación de la conciencia humana:

-¡Nunca! ¡Eso no! Jueguen a sus extravagancias, adoren dioses malvados, y sacrifiquen sus almas, pero no hagan semejante atrocidad, o ni el diablo les perdonará.

La puerta sonó, un golpe seco, era la carne postrada a la entrada de la perfidia, y me pareció escuchar los cubiertos chocando en mis sienes cuando me desmayé.

Al despertar, vestido de elegancia, sentado a solas en el salón, un esqueleto, que sin ojos parecía atravesar la faz de mi interior, y en una voz suave profirió: "Entre el humo, el corazón del hombre regresó".

ALMA

MARTA CEMBORAIN BAENA

Había parecido una gran idea al principio, una solución feliz para todos. Ellos recuperarían a Elisa tras un accidente que debió haber sido mortal, y los científicos harían la prueba final antes de presentar a escala global el proyecto que iba a revolucionar al mundo médico.

La idea era de una sencillez por completo engañosa: se trataba de pasar el cerebro de una persona cuyo cuerpo estuviese moribundo a un nuevo cuerpo, clonado y en perfecto estado. Y había funcionado. Tras varios meses de espera mientras se desarrollaba el nuevo cuerpo y crecía hasta el tamaño adecuado, Elisa había vuelto a abrir los ojos, haciendo que su accidente pareciera una pesadilla lejana.

Marie había llorado de emoción, su hija, su Elisa, había sobrevivido. Era lo único que a ella le importaba. Él no estaba seguro de cómo debía sentirse, le daba la impresión de que se estaban precipitando.

Pasaba el tiempo y seguía teniendo dudas, dudas y sospechas que había querido desechar en principio, pero que poco a poco se estaban transformando en una terrible realidad. Eran pequeños detalles, cosas sutiles, cosas de las que solo se daría cuenta una persona que verdaderamente se fijase y que conociera bien a Elisa. Era ella, pero no era ella. Su sonrisa era la

misma, su risa exactamente igual, pero él no podía evitar darse cuenta de que no dejaba de ser una imitación muy parecida a la verdadera, a la Elisa de antes del accidente. Algo fallaba.

La situación, poco a poco, fue a peor. Aquél ser no era su hija, por mucho que Marie intentase convencerse de lo contrario. Sus respuestas parecían robotizadas, como si alguien le dijese qué tenía que hacer y cómo debía reaccionar ante determinados momentos. Decidió poner su teoría a prueba, colocando a la pequeña en una situación en la que nunca antes había estado. Elisa no reaccionó, se quedó quieta como un maniquí, mirándole fijamente a los ojos.

Sus ojos... ¿cómo no lo había visto antes? Se dio cuenta de que en todos esos meses, no les había prestado atención. En ese momento, entendió lo que pasaba, y sintió que su corazón volvía a desgarrarse de dolor, un dolor mucho peor del que había sentido cuando supo lo del accidente. Él siempre había creído que los ojos eran el espejo del alma, y los de su querida Elisa estaban vacíos, sin vida, muertos. Fue el momento más duro de su vida, no solo por lo que no pudo encontrar en los ojos de su hija, sino también porque sabía lo que su conciencia le terminaría por exigir que hiciera.

Trató de explicarle a Marie, de hacerle entender, de conseguir que dejara ir a Elisa poco a poco, pero no lo consiguió. Su mujer se había aferrado a la última esperanza que había tenido y no fue capaz de liberarla, obsesionada y perdiendo poco a poco su cordura para no ser consciente de esa nueva realidad. Los médicos tampoco servían de ayuda, ellos no habían conocido a Elisa, y aunque era cierto que sus ojos eran un poco extraños, no había motivos para alarmarse y catalogar el lucrativo proyecto como un fracaso.

Estaba al límite, con una mujer cada día más desquiciada y una concha vacía que se hacía pasar por su hija. El día en el que el experimento salió al mercado, llevó a Elisa a la playa, a una pequeña cala en la que su hija adoraba jugar en los días de verano. Se lo debía, a Elisa, a Marie, y a él mismo. No quería seguir mancillando los recuerdos que tenía de ella, no de ese modo.

En un mundo ideal, los seres queridos serían inmortales y estarían siempre con nosotros. En un mundo ideal, el experimento hubiera funcionado. En un mundo ideal, su mujer no estaría encerrada en un hospital psiquiátrico, y él no tendría que volver a ver morir a su hija. Pero en el mundo real, así eran las cosas.

VIAJEROS

CARMEN DEL PINO LÓPEZ

—No estamos en el cretácico —afirmó Harris, desanimado—. Al menos hemos conseguido viajar en el tiempo.

—¿Estás seguro? Deberíamos comprobarlo —Carmichael no se rendía. Construir la isla les había llevado dos años. Frente a las costas de Gibraltar, donde el trasiego de tubos y engranajes no llamaban la atención. El armazón medía novecientos pies de ancho por seiscientos de alto, la chimenea se elevaba hasta los mil cuatrocientos pies. La maquinaria se disponía en el centro. El exterior lo formaban almacenes llenos de toneladas de carbón. Habían recubierto el armazón con tierra, para que pareciera una isla natural. El disfraz era perfecto, lo único que no podían ocultar era la columna de humo que salía por la chimenea.

—Los dinosaurios pensarán que es un volcán —afirmaba Carmichael. Era la primera expedición naturalista que viajaba a través del tiempo y casi lo habían logrado. Solo se habían equivocado en unos cuantos cientos de miles de años.

Llegaron hombres a la isla, salvajes que no llevaban sombrero ni corbata. Carmichael no pensaba gastar ni una sola de sus preciosas placas en fotografiarlos. Harris propuso esperar a que se fueran. No tenían prisa.

No se fueron. Construyeron casas, pescaron y cultivaron la tierra. Las raíces a veces se metían entre los delicados engranajes de la maquinaria, que Carmichael no dejaba de engrasar.

—Tenemos que echarlos y marcharnos de aquí —decía Carmichael, pero Harris estaba absorto contemplándolos. Se encogía de hombros y comentaba que no había prisa. Cuando Harris empezó a coserse una túnica, Carmichael pensó que aquello iba ya demasiado lejos.

—No puedes salir, Harris, te matarán.

—Deben ser egipcios... o fenicios...

—¿Y qué importa? ¡Eres botánico! ¡Por Dios, Harris! ¡Son personas!

Harris no le hizo caso. Carmichael estaba furioso. Haría algo. Por supuesto, se marcharía. ¡Los llevaría a todos al cretáceo! Llevaban demasiado tiempo allí. Sí, en cuanto la máquina se pusiera en marcha y la isla empezara a temblar saldrían corriendo. Carmichael echó más carbón y sonrió satisfecho. Observó la superficie, los salvajes corrían, asustados. Harris miraba la columna de humo que salía de la montaña. Parecía haberse vuelto loco, como ellos. Corría. Se subió a uno de los barcos que intentaba escapar.

¡Maldito desertor! No le importaba. Se iría solo. Que se quedara con sus salvajes. El viaje solo duraba unos segundos, Carmichael se sentía como si un millar de cadenas tiraran de él, descuartizándolo. El ruido era ensordecedor, como si la isla fuera a explotar en mil pedazos.

La máquina se había parado cuando recobró el conocimiento. El suelo estaba inclinado, la isla estaba en la ladera de una montaña. La vegetación lo cubría todo. Carmichael creía reconocerla, aunque él era zoólogo, si Harris hubiera estado allí... Vio un iguanodón a lo lejos. ¡Lo había conseguido! Corrió a preparar la cámara para fotografiarlo. ¡Harris era un estúpido!

El mendigo tenía acento extraño y conocía todas las plantas. Decían que venía de la Atlántida, él afirmaba que no, hablaba de artilugios mágicos. El desastre debía haberlo trastornado.

LA INASIBLE ESENCIA DE LA FELICIDAD

CARLOS DUARTE CANO

—¿Qué es la felicidad? ¿Cómo se mide? Esas preguntas habían llegado a convertirse en la mayor obsesión de mi existencia. Todo comenzó al regresar a La Habana después de finalizar mi doctorado en cibernética en Compiègne. Aquí me reencontré con Teyo, neurofisiólogo y amigo de la infancia, quien estudiaba las bases fisiológicas y bioquímicas de la memoria. Según sus últimos hallazgos, era posible rescatar memorias “dormidas” de un cerebro en estado de hipnosis profunda y decodificarlas en imágenes. Podía monitorizar simultáneamente la liberación de endorfinas y otras sustancias relacionadas con las sensaciones de felicidad o tristeza. Solo necesitaba un cibernético que diseñara un equipo especial para ello.

El ingenio debía ser una IA de las más sofisticadas asociada a un sistema de nanosondas capaces de intervenir la mayor cantidad posible de redes neuronales, descifrar los códigos de la memoria —ese caprichoso juego de interconexiones— y rescatar toda aquella información oculta. Luego sería cuestión de clasificar los recuerdos en dichosos o infelices de acuerdo con los patrones moleculares asociados. Un simple cociente entre los momentos felices y el total de remembranzas rescatables, multiplicado por cien, arrojaría un índice de la felicidad.

Contra toda lógica, renuncié a otras ofertas de trabajo en el extranjero y me quedé aquí para diseñar mi felicitómetro; la primera máquina

capaz de medir de forma objetiva la felicidad de una persona. Después de muchos años de esfuerzos, un montón de desilusiones y una persistencia sin límites, logramos un prototipo con resultados muy estimulantes en pruebas en primates. Pero el mono era un modelo muy pobre para la complejidad de la mente humana, de manera que nos ofrecimos como voluntarios para una evaluación más exhaustiva. Pasamos con éxito las barreras regulatorias y éticas y llegó el día en que me sometí a la prueba.

Tras la conexión con mi cerebro en estado de hipnosis, la IA comenzó a escarbar de forma selectiva en mis recuerdos y a desgranarlos uno a uno. A veces no se limitaba a desempolvarlos sino que los completaba; donde yo solo archivaba una imagen borrosa, ella introducía determinado aroma o una melodía. Y así revivimos juntos las tonadas con las que mi madre me arrullaba; mi primera bicicleta; el día en que lancé siete entradas perfectas en un juego de béisbol; el olor a fruta madura de Chely antes del sexo; mi graduación de la universidad; el nacimiento de mi hijo David.. Era como vivir en una de esas viejas películas reconstruidas a partir de copias de uso, pero haciendo énfasis en los momentos gratos, mientras que aquellos dolorosos los descartaba al punto, como quien pasa sin leer las páginas de un libro que le resulta ingrato.

Al paso del tiempo la IA no se contentó con completar mis recuerdos; no sé por qué enigmática complicidad, entre ambos fuimos reinventando mis evocaciones, dibujando variaciones infinitas y disfrutándolas como nuevas. ¿Qué tal si me hubiera atrevido a besar a Camila? Y allá iba una nueva vida porque Camila en realidad siempre había deseado que la besara aquella tarde en la playa. ¿Hasta dónde hubiera llegado en el béisbol? Y en esa otra existencia yo llegaba a jugar en el estadio Latinoamericano con el uniforme azul de la I grande en el pecho. ¿Y si hubiese estudiado astronomía? Otra historia diferente. Tantas preguntas como bifurcaciones puede tener una existencia. Eran mis vidas soñadas, las que habían quedado olvidadas bajo un doblez de mi destino.

Como salvar y recargar el juego eterno de la vida.

Cuando Teyo decidió desconectarnos habían transcurrido solo doce horas en tiempo real, pero en ese tiempo habíamos reeditado buena parte de mi vida e inventado cientos de existencias alternativas. Perplejo, Teyo señalaba hacia la pantalla de mi cómplice artificial. Allí pude leer, como un último toque de ironía, la insólita cifra de un millón doscientos mil por ciento para el índice de mi felicidad.

EL OTRO

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Esta noche apenas he dormido. Puede ser normal después de lo que ocurrió ayer. O también puede ser debido a este bulto que me ha salido en la espalda. Llevo 27 años durmiendo boca arriba pero esta noche he tenido que hacerlo de lado. No es que el bulto sea muy grande, pero es bastante molesto como para poder dormir boca arriba.

Lllaman a la puerta. Debe ser la señora Gorlan. Por el olor, seguro que vuelve a traerme algo para almorzar. Tengo mucha suerte de tener una casera tan atenta, y que además, viva enfrente.

La sopa estaba muy buena. Me voy a acostar un rato, el bulto de la espalda es muy molesto.

Son las nueve de la noche. No he podido pegar ojo. No sé dormir de lado. El bulto parece ahora mucho más grande. Me empieza a preocupar. Quizás debería ir al médico. Mañana veré.

Siete de la mañana. No creo que haya podido dormir ni una hora seguida. Aunque quisiera, me resultaría imposible ponerme boca arriba en la cama. La protuberancia de la espalda es ya demasiado grande. ¿Qué demonios será esto? Voy esperar hasta las nueve para salir.

Mirándome en el espejo, he podido ver que a la protuberancia le cuelgan dos apéndices por abajo. Esto es muy preocupante. Parece que crece por horas. He tenido que rajar toda la parte trasera de la camiseta para podérmela poner. No puedo salir a la calle con esta cosa en la espalda. ¡Ya sé! La taparé con la chaqueta verde. Pensé que había tirado todas las cosas que me regaló Laura, pero esta se me debió olvidar. Cuando vuelva, irá a la basura.

No he podido llegar hasta la consulta del médico. ¡Las protuberancias de esta cosa han empezado a moverse solas! La gente me miraba muy extrañada.

En el espejo puedo ver que han aparecido dos protuberancias más. Ahora no se mueven. Tengo sueño.

Boca abajo parece que la cosa mejora. Quizás haya dormido dos horas. Un ruido me ha despertado. Me cuesta mucho levantarme. La cosa de la espalda debe pesar como veinte kilos. Voy a llamar al médico para que se acerque hasta aquí. ¡Es una emergencia!

Al pasar delante del espejo casi me da un ataque al corazón. ¡He visto una cara! ¡Una cara que me miraba! Esta cosa tiene ojos. Rojos como el fuego del infierno. ¿Estaré desvariando? Estoy seguro de lo que he visto y no tengo el valor para volver a mirar. Quizás si pudiera dormir un poco todo se pasaría. Esto parece un mal sueño.

¡No! Lllaman a la puerta. Seguro que es esa vieja entrometida. No puedo abrir con este engendro pegado a la espalda. ¿Qué va a pensar? ¡Me echaría del piso! No, eso no puede ser. Nunca encontraré uno tan económico. Voy a meterme en la ducha. Quizás así consiga ahogarlo. ¿Podrá escuchar lo que pienso? No me importa.

No he podido llegar a la ducha. Esta mierda de la espalda pesa tanto que se me hace casi imposible caminar erguido. He llegado hasta el cuarto gateando. Voy a intentar dormir. Cuando despierte espero que esta cosa ya no esté.

En el fondo, no está tan mal dormir boca abajo. Creo que he dormido algo más de dos horas, pero me he despertado al caerme de la cama. El contrapeso de esta alimaña me ha debido desequilibrar. Tengo hambre, y sueño. Aunque no pueda dormir, puedo paliar el hambre.

He llegado reptando hasta la cocina. Cuando iba a levantarme, he escuchado unos ruidos en mi espalda. Una especie de gruñidos ininteligibles. Dios mío. En el reflejo de una olla he podido ver su cara. ¡Ahora tiene una especie de boca! Y sus protuberancias... ¡Parecen brazos y piernas! Necesito dormir para volver a la normalidad. Lo sé. Lo intentaré aquí mismo, en el suelo, boca abajo.

Me acabo de despertar. Me estoy moviendo, pero... ¡Mis pies no llegan al suelo! No sé si mis piernas habrán encogido. Mis brazos parecen más cortos. Es... ¡Es la alimaña la que se mueve! ¡Son sus pies los que caminan! ¿Dónde vamos? No puedo ver nada. Ha debido taparme con algo. Debería dormir. Tengo que dormir. Seguro que cuando despierte, todo esto ha acabado.

nrro prhuedhgo hjablrrar brrieghtn. Trgenjo mguchro srgueñog...

EL TRAZO GRUESO DE LA MUERTE

GUSTAVO EDUARDO GREEN SINIGAGLIA

En el medio de la Pampa, en un destartalado rancho, John Upside fumaba su décimo cigarrillo a hurtadillas.

En la cuna de hierro oxidado reposaban los restos pútridos del fiel “Sultán”.

Afuera, amarrado a la tranquera, yacía el viejo bote pesquero, descascarado.

La luna cuadrada rebotaba sobre el techo de paja.

¡Estás ahí desgraciado! –bramó Eleuterio Regúnaga confundido en la negritud de la penumbra.

John se incorporó trabajosamente y con un marcador de trazo grueso dibujó una puerta para franquear la entrada al impetuoso visitante.

Los tablones de pinotea se movieron como teclas de piano ante el avance del paisano.

La lámpara de pie seguía sus pasos.

El hombre caminaba con firmeza haciendo sacar chispas contra el suelo al cuchillo, de dimensiones grotescas, que sostenía en la cintura.

¿Y “gringo”? –inquirió Eleuterio.

Solo esto –respondió John señalando imprecisos bosquejos en papeles abollados.

¿Me estás tomando el pelo?, ¿me viste cara de zonzo? –masculló enojado a la par que desparramaba los dibujos por los aires.

Aferrándose a su facón espetó con fiera fiera –Mirá “gringo”, a mí me hicieron con poca paciencia, lo sabés muy bien, así que va a ser mejor que tengas algo listo para mañana... por la noche –agregó, apiadándose de aquellos ojos desorbitados de pavura incontrolada

No era mucho, pero esas horas de más podrían ser su salvación.

La oscuridad lo sorprendió con la cabeza vencida sobre una mesa rústica de patas desaparejas, rodeado de amarillentos papeles rasgados. Una mano pegada

a un vaso retacón con restos de nada y la otra bamboleándose en caída libre.

Las botellas vacías giraban en el piso aleatoriamente.

De nada servía seguir flagelándose con reproches, el error ya estaba cometido, solo restaba afrontar la situación con la mente despejada y liberarse de toda la presión.

Hurgó en las fuentes, liberó su mano y al alba logró un majestuoso alazán; con esfuerzo pudo contener el ímpetu de aquel brioso animal sujetándolo con inflexibles riendas.

El perro surgió luego de una siesta renovadora. Lo hizo fiel a su dueño y obediente, de mirada penetrante. Le costó desprenderse de las lamidas cariñosas pero logró que se echara bajo la cama hasta quedar dormido.

Los guardó hasta el anochecer entre las tapas de cartón de su carpeta de dibujo.

Eleuterio apareció, súbitamente, afirmando sus botas de potro sobre la desvencijada mesa, pisoteando los dibujos frustrados.

¿Todavía nada? –aventuró el gaucho sin dar espacio para la respuesta.

¿Estás pretendiendo que yo siga a pie y en solitario por el resto de mi existencia?

Con presteza desenvainó el cuchillo y lo clavó sobre la goma de borrar blanca que el dibujante pretendía alcanzar; inmediatamente con la empuñadura volcó el tintero sobre la alfombra de algodón.

John Upside perdió la paciencia y sin prestar atención a la verborragia del paisano (cuyos parlamentos conocía de memoria) tiró las ilustraciones originales de “Las aventuras de Eleuterio, el cimarrón” a las llamas vibrantes de la chimenea.

Un humo negro deglutió la figura del pendenciero y se concentró sobre la mesa, dejando cenizas que se depositaron sobre una hoja blanca conformando la figura de Eleuterio Regúnaga, con el facón en la boca y agarrado firmemente de los márgenes de la hoja tratando, inútilmente, de volver.

Aquella fue la imagen del cuadro final de una de las historietas más laureadas del reconocido ilustrador y guionista John Upside, la que terminó siendo su obra póstuma.

Al poco tiempo el artista fue encontrado sin vida, sobre su cama de hierro, con sus carnes desgarradas y marcas de colmillos por toda su humanidad.

CRÍMENES DE MADERA

GINÉS MULERO CAPARRÓS

Fui un encargo para el monasterio de San Millán (siglo XI). Allí, empezó mi andadura, mi diatriba sanguinaria. El prior se me acercaba bostezando, desperezándose, legañoso, sin hábitos, y guardaba en el cajón más alto las Glosas Emilianenses con notas de los amanuenses en los márgenes. Una noche no pude contenerme, de verdad que no pude, con las piernas abiertas se inclinó indignamente a recoger un curvo papiro mostrándome las riojanas posaderas; en la genuflexión sobresalieron, pendulantes, dos bolsas escrotales esmirriadas, las suyas; lo dicho, no pude contenerme y con el manillar de acero del último cajón le zumbé en la sien. ¡Zas! Fue mi estreno: un trabajo limpio y certero. Sí, lo han adivinado, para qué andar con circunloquios: soy un mueble autonómico, vigoroso, independiente, con ideas propias, soy una cómoda exterminadora, es así.

Me revendieron una y otra vez haciendo un peregrinaje monástico durante siglos por Santo Domingo de Silos y otros monasterios alcaláinos, avilesinos... dejando cadáveres en pelota picada que se ocultaron a la

opinión pública con pretextos apócrifos. ¡La Iglesia topó conmigo! Me aburría eclesiásticamente de tanto incienso y hostias sagradas y patenas que relucen como los chorros del oro y me fui a buscar la realeza foránea, ahí, ampliando fronteras, subiendo por una pirámide social que ríanse ustedes de Micerinos, ¡con dos páginas web que diríais los modernos! Vayamos al serrín, al néctar, al grano, sin desviarnos un ápice, si es que eso es posible. Ser mueble, cómoda, voyeur y asesina en serie al unísono cansa, carga, incomoda, no es ningún privilegio: tuve –así fue y así he de decirlo– la desdeñable visión de ver durante la revolución a María Antonieta con su rubicundo y piojoso pubis al aire, y a sus amantes, ¡desnudos!, los condes de Artois y Hans, con aquellas selvas ponzoñosas postulantes a patada gratuita. A la reina le importó poco perder la cabeza después de encontrarlos golpeados por dos de mis cajones, esa es mi versión. Rápido, ¿quieren saber más? Un ciudadano sanscullote me vendió a la Corte Rusa y con Catalina la Grande y su elenco de soldados/amantes hice estragos. Aquí sí que disfruté... lo que no está en los escritos. Hasta el frenazo en seco, claro, ahora verán. Una de aquellas noches, empujada por un soldado soviético, me trasladaron dentro de palacio a la Sala de los Espejos –veleidades de la monarca– y en el sismo del éxtasis 14 espejos se rompieron en mil pedazos –una auténtica lluvia de cristales, ¡el diluvio de cristales!– y uno por azar con forma de daga le cercenó al soldado la... yugular, digámoslo así. Caí 100 años en desgracia, 98 para ser precisa. Durante el intervalo de paro forzoso, tramé sublimes ejecuciones para llevarlas a la práctica. Volví con saña. Londres. Nueva York. Chicago. En 1911 regresé al país que me vio nacer y caí en las manos de Manuel Gómez Moreno que al descubrir las Glosas las envió a Menéndez Pidal; aquél se salvó –igual que las Glosas– por un pelo al venderme a un anticuario. Últimamente voy de aquí para allá, de mal en peor, degradándome, bajando escalafones, humillándome más si cabe, se está –para mí– mascando la tragedia, aunque sigo dejando a mi paso por el espacio y por el tiempo, por las distintas clases sociales y por la historia un reguero de lo que considero sangre impura. En el respaldo de madera voy marcando rayitas: por miles las cuento ya. Quiero dejar constancia de mi periplo porque atisbo el final de mi vida. Lo huelo, lo esnifo. Actualmente, he caído en lo más bajo, he tocado fondo, el hijo de la portera del alicantino meublé MADAME'S BOVARY'S, inquisidor gay reencarnado con aficiones detectivescas, investigador de mi alargada biografía, en retrospectiva, me ha calado, tira del hilo el sabueso siendo conocedor de mis crímenes de madera, y quiere que dé como castigo a mis fechorías –a ver en qué queda– con mis huesecillos reumáticos en el infierno, en... una Foguera de Sant Joan.

LA JUSTA LLUVIA

FRANCISCO JAVIER MUÑOZ LEÓN

Acabé harto de nuestra periódica gira. Mis camaradas se quedaron en la factoría, dando de comer a las gallinas. Muy baratas, por cierto. Y me fui a casa, andando. (Ese que no conoce la llave exacta, ese que no tiene puntería, ese que se da un abrazo fraternal con el pavimento húmedo... ese tío colgado de la escalera soy yo).

Más que subir, trepé los escalones.

Abrí la puerta, o acaso estaba abierta, o acaso la había desvirgado toda esa gente que merodeaba dentro. Di un paso, crucé la entrada y me partieron la máscara de un inopinado golpe de grasa. Un niño tiró de mi pantalón.

Creo que le regalé una bofetada. Supongo que luego limpiaré la mancha que ha dejado en la alfombra.

El niño barrigudo no me molestó tan agudamente como el herrumbroso grupo de mujeres sentadas en el suelo del salón.

Dos o tres de ellas exhibían sus tetas. La segunda parte de la frase es que sendos bebés se las estaban chupando. Dudo que pudieran sacar algo potable de aquellas alpargatas.

¡De dónde salen tantas moscas!

Un golpe de vómito me arrasó las tripas.

Fui al baño.

La verdad es que podría haber evacuado mis espesos humores allí mismo (bastante porquería habían desplegado ya las negras) pero la fuerza de las buenas e higiénicas costumbres de urbanidad o quizás el hecho de que aún me esperaba el resto del espectáculo me impelió hacia el cuarto de baño.

El agua nunca había salido muy limpia de los grifos de mi casa, pero tampoco había llegado al extremo de ser un flujo sangriento.

Y dudo mucho que el soldado hubiese llegado allí por los conductos de polivinilo de la instalación del edificio. El muñeco uniformado tenía la cabeza trizada y algunos agujeros en la carne, sobre todo por encima de la cintura, como si no le bastase la nariz para respirar.

El mamón flotaba en la sangría del baño, lánguidamente, como una pelota en una piscina.

No obstante abrí la boca del vertedero y eché la pota.

Antes de salir intenté averiguar a qué ejército había dejado de prestar sus imprescindibles servicios, pero el perro olía como una congregación de compresas usadas y no me detuve mucho rato.

En la cocina me encontré a un grupo de refugiados que sin ninguna consideración habían volcado el frigorífico y lo estaban expoliando como una banda de hienas de esas que salen en los documentales de la tele.

En el dormitorio había otra piara de no sé qué demonios tipo de turba, pero igual de infame que los demás, igual de apestosa que las demás, igual de harapienta que las demás, igual de fea y mal peinada que las demás.

Parece mentira que haya gente con tan pésimo gusto.

No era la primera vez que ocurría, no era la primera vez que dejaba el televisor encendido y toda esa malaria de gente rebotaba de la pantalla y se derramaba por casa.

Ni siquiera el dispositivo de apagado automático del cacharro, ni los donativos por teléfono, ni los programas de radio, ni las pancartas del 0,7, ni la policía, ni el ejército podían evitarlo ya.

No procedía otra acción que la de apagar la tele.

Fui al salón.

La muchedumbre empezó a levantarse y seguirme, como oliéndose lo que pretendía hacer.

El soldado y sus agujeros chorreantes, los nómadas, las negras secas,

los mutilados, las viejas, los yonquis, las putas, los prisioneros y los muertos se acercaron a mí.

Cogí el mando de encima de la tele y antes de apretar el botón los miré a todos. Siempre los mismos ojos, no parecían tener cuerpo, sino ojos. Solo ojos que me llovían encima como manotazos.

Aún se deslizaban hacia mí sobre su serena acusación cuando apreté el botón y se apagó el televisor.

No tardaron en desvanecerse.

Respiré hondo.

El aire se había purificado como si un aspa de fuego hubiese barrido el planeta entero.

A través del ventanal observé un destello. A lo lejos, en algún punto de la anochecida Tierra, se encendían ya las hogueras como un aviso de la justa lluvia que traería el viento.

Dejé caer el mando sobre el sofá.

No era ya sino un artefacto ridículo e inútil.

Fin

LA TUTORÍA

ANTONIO JOSÉ QUESADA SÁNCHEZ

—¿Diga?... Sí, soy yo... Esta tarde tengo tutoría, sí. De 19 a 21, correcto. Despacho 17, primera planta. Sin problemas, venga hoy. ¿Su nombre? Perfecto. Le espero, Ernesto. Adiós —cuelga el teléfono mientras sigue mirando, pensativo, por la ventana.

—Ya sé, pero ahora no tengo tiempo de discutir, sí —tocan a la puerta—. Debo dejarte, están tocando a la puerta y estoy en tutoría. Sí, en Turismo, aquí también tienen derecho a tutorías, hija, ¿qué te crees? Les damos cuatro cosas, pero pueden tener dudas sobre esas cuatro cosas... Sí, yo te llamo. Sí..., sí..., que sí... —incómodo—. Que no te preocupes, lo hago, no te preocupes —vuelven a tocar a la puerta—. Vale. Venga, debo colgar, que siguen tocando a la puerta. Un beso, adiós. Adiós —cuelga el teléfono y esboza un gesto de alivio—. ¡Adelante!

—¿Se puede? —se abre la puerta y se asoma un pálido joven, con terribles ojeras y manchas rojizas en el rostro. El docente se inquieta.

—No puede ser! ¿Tú no eres...? —balbucea, entre temeroso y sorprendido.

—Sí, soy Ernesto, profesor. ¿Se sorprende de verme? —pregunta, ante la cara de estupefacción del docente—. ¿Acaso no es ésta su hora de tutorías? —irónico.

—Sí, sin duda. Pero no te esperaba...

—Ya, desde que me suicidé nadie me espera en ningún sitio, profesor. Cuando aparezco por algún lado debo dar tantas explicaciones que cada vez me asomo menos. Cada día me apetece menos dar explicaciones. ¡Qué de justificaciones nos exigimos unos a otros, profesor! Es una de las cosas que no echo en falta de la vida: donde vivo ahora (“donde vivo ahora”, ¡qué expresión tan irónica!) nadie pide explicaciones por nada.

—Sí, eso de justificarnos nos lleva media vida —comenta el profesor, mirando el teléfono.

—No lo sabe bien. ¡La de tiempo que perdí justificándome ante mis padres, ante mis parejas, ante el mundo...! —su mirada se endurece.

—Nada de explicaciones, Ernesto —el profesor pretende ocultar su inquietud ante la visita.

—Nada de explicaciones, profesor —le tendió la mano. Estaba increíblemente fría—. Ya verá, además, cómo al final acabaremos hablando de lo divino y lo humano.

—Me quedo con lo humano antes que con lo divino, Ernesto.

—Sin duda, usted y yo nos entendemos, profesor. Aunque mientras viví no tuvimos tiempo de estrechar nuestra relación.

—Bueno, estamos a tiempo, ¿no? —comenta el profesor, con inquietud pero también con una extraña esperanza.

—Y empecé a salir con chicas. No imagina el jaleo.

—¿Ya entonces?

—Ninguna era lo suficientemente buena para mí, según mi madre. Una tenía los dientes un poco salidos, otra era muy bajita, otra había respondido no sé qué ante un comentario de mi tía, otra... ¡qué sé yo! Total, que ninguna era buena para alguien que había sido educado para príncipe. En ese clima mis relaciones no duraban nada. Sufrí mucho: la presión era insostenible.

—Imagino.

—¿Y sabe lo peor, profesor?

—¿Qué?

—Que mi hermano jamás hizo causa común conmigo. Lo lógico era ponerse de mi parte, incluso por motivos egoístas (“hoy por ti...”), pero... nada. Imagine lo que vino luego.

—¿Qué vino?

-¡Hombre! Si en relaciones que los bienpensantes consideran conforme a natura esto era así, ¿cómo explico en mi entorno que me gustaban los chicos?

-Todavía peor, claro...

-Esto ya sí que no lo imagina, profesor.

-Por eso hoy me he propuesto volver a mi nuevo hogar acompañado. Ya viví solo, no quiero ser también un muerto solitario. Ya tuve bastante.

-¿Volver acompañado? -el profesor se inquieta.

-Sí. He pensado en usted, profesor, siempre me gustó. Su manera de hablar, de tratarnos. Usted era muy especial, muy sensible. Por eso quiero unir nuestros destinos para siempre.

Sacó un enorme cuchillo y, en pocos segundos, unió definitivamente dichos destinos. El despacho ensangrentado y severamente perjudicado daría fe de ello.

Alguien lo suficientemente sensible como para percibir fenómenos ultraterrenos habría visto aquella noche a dos chicos muy pálidos que salían de la Facultad de Turismo cogidos de la mano.

Unidos, ya, para siempre.

COLOR MIEL

MIGUEL ÁNGEL REY CARRASCO

Hoy es 11 de noviembre de 2014. Suena el despertador y me incorporo lentamente arrastrando ese intenso dolor de cabeza que no me abandona desde hace seis años. Mientras me preparo una taza de café bien cargado, la radio relata los horribles sucesos de aquella fecha, en la que una gran explosión destruyó media humanidad. Fue entonces cuando empecé a tener conciencia de mis actos, y las terribles jaquecas no cesaron de acosarme. Me dirijo al lavabo para refrescarme un poco y el espejo me devuelve la misma imagen de cada mañana: un varón ojeroso, que peina canas, barba de tres días y con una intensa y sincera mirada color miel.

Salgo al bullicio de la gran ciudad y, mientras recorro la distancia que me separa del laboratorio, repaso mentalmente la sucesión de acontecimientos que le ocurrirán a mi objetivo en el pasado. 8:02 a.m.: sale de su apartamento. 8:04 a.m.: coge su BMW gris antracita cuya matrícula he memorizado con precisión. 8:31 a.m.: aparca frente al Centro de Pruebas Nacionales (CPN). 8:32 a.m.: está nervioso, sale apresuradamente del coche y se le cae la carpeta con el dossier. Ese es el momento...

Ya en el laboratorio, todos los miembros del equipo están preparados. Mi superior me entrega el arma, una 9 mm con silenciador. No sé por qué hoy me resulta más pesada que nunca. Me introduzco en la cabina que me llevará al pasado. Respiro profundamente tratando de calmar la inesperada taquicardia que me invade. Suena un zumbido, me ciega un repentino fogonazo de luz...

...Ya estoy aquí. Todo comienza según lo previsto. 8:02 a.m.: sale de su apartamento. 8:04 a.m.: coge su BMW gris antracita, esa es la matrícula. Tomo un taxi y le sigo. 8:31 a.m.: aparca frente al Centro de Pruebas Nacionales (CPN). Despido al taxista mientras un sudor frío me recorre la espalda. A pesar de los seis años de entrenamiento, me siento como un novato. 8:32 a.m.: está nervioso. Sale apresuradamente del coche. Me voy acercando lentamente. El contacto de mi mano con el arma me da seguridad. Se le cae la carpeta con el dossier. Se arrodilla. Apunto a su nuca. Repentinamente, el asesino de media humanidad, me mira...

...Y veo en él la misma imagen que el espejo me devuelve cada mañana: un varón ojeroso, que peina canas, barba de tres días y una intensa y sincera mirada color miel.

EL ASESINO DE LAURA

JOSÉ RUIZ GARCÍA

La noche es oscura. Los faros de un coche se acercan hasta el piso de Laura, aparca y Emilio apaga el motor. De un bolso coge una botella y un trapo, rocía éste con el líquido de la botella hasta que queda bien empapado. Emilio sale del coche y se esconde en una esquina. Al poco rato, a lo lejos, aparece la silueta de Laura que camina lentamente hacia donde está Emilio. Este la observa entre las plantas del seto. La chica está cada vez más cerca. Laura pasa por delante de Emilio y este inspira oliendo su perfume. Emilio se susurra a sí mismo —¡Jazmín!

Emilio sale cuidadosamente de su escondite. Lleva el trapo mojado en la mano derecha. Se acerca hasta Laura y le tapa la nariz con el trapo. Laura forcejea con todas sus fuerzas durante unos segundos, luego cae desplomada en los brazos de Emilio. Emilio lleva a Laura hasta el coche y la deja en el suelo. Mira a su alrededor y tras asegurarse de que nadie le ve, abre el maletero del coche y mete dentro a la chica.

La habitación parece una especie de garaje. Todo está sucio y mugriento. Viejas herramientas y posters de mujeres desnudas cubren las paredes. Emilio está sentado en un sillón bebiendo una cerveza. Está vestido con un top negro, una minifalda ajustada y unos enormes tacones. Va maquillado, con uñas postizas y peluca rubia.

Laura está sentada en una silla. Aún duerme por los efectos del somnífero. Poco a poco se va despertando. Distingue la figura borrosa de una chica sentada en un sillón. Emilio suelta la cerveza y pone la cámara a grabar. —¡Acción!

Emilio se levanta y camina hacia Laura. La coge de la mandíbula y la besa. Laura aparta la cara lanzando un sonido de queja. Mira a Emilio,

cuando reconoce su cara se llena de terror y lanza un ahogado suspiro. —¡Dios mío!

Emilio le pisa el brazo dejando el tacón encima. Laura grita fuertemente de dolor, Emilio le ha roto el brazo. —Bienvenida a mi dulce morada princesa. Tranquilízate, soy como un dentista... pero sin anestesia.

Emilio quita el pie y libera el brazo de Laura. Esta suspira aliviada. Emilio camina hacia una mesita donde tiene una especie de maletín cerrado con un candado. Lo abre y acaricia con el dedo índice los instrumentos que allí tiene. Coge un metrónomo, le da cuerda y lo pone detrás de Laura, a la altura de la cabeza. Coge una pistola y se pone frente a Laura asegurándose de que le mira.

A Laura se le descompone la cara y le da un vuelco el estómago. —¿Qué vas a hacer?

Emilio sonríe. —Lo único que debes saber, es que cuando el metrónomo deje de sonar... —Emilio carga la pistola— tú ya estarás muerta.

Emilio va hasta la mesilla y suelta el arma. Laura sigue llorando. Emilio coge una correa, va hacia la chica y la atrapa del cuello apretando la correa fuertemente. Laura comienza a asfixiarse, su cara se pone roja y la garganta se le hincha. Justo cuando comienza a perder el conocimiento, Emilio la libera.

Laura intenta coger aire entrecortadamente. Poco a poco sus bocanadas se van haciendo más grandes hasta que consigue respirar. Emilio lanza un cubo de agua sobre ella. Coge una garrafa de cinco litros de agua y se la mete en la boca. Laura se retuerce e intenta no tragar agua, pero Emilio le tapa la nariz. Laura lucha hasta que pierde el conocimiento. Emilio quita la garrafa y zarandea la cabeza de Laura, pero ésta no reacciona. Emilio susurra, intentando que la cámara no recoja el sonido de su voz. —¡Mierda! Me la he cargado demasiado pronto.

Laura comienza a toser y Emilio lanza un suspiro de alivio. Se levanta y se vuelve hacia la cámara. Camina unos pasos y comienza a levantar las manos. —Y ahora... llegamos al gran final.

Emilio va hacia la mesita y coge la pistola. Laura tiene los ojos cerrados y está intentado recobrar el aliento. Emilio se acerca y la encañona. Da un fuerte silbido, como si llamase a su perro. Laura le mira y Emilio le dispara en la cabeza. Luego se acerca tranquilamente hasta la cámara y la apaga.

ÁNGEL EXTERMINADOR

RAMÓN ZARRAGOITIA MEZO

«No existe la vida. Ni la muerte. Ficticio resulta también el universo, con su infinidad de constelaciones e incógnitas. Incluso vuestras magnitudes son erróneas; qué absurdo medir el tiempo... La única verdad es el Todo: esa Entidad sublime que me gobierna y a la que por simple pereza soléis llamar Dios. Lo sé porque soy Su soldado. Me asalta Su certeza cada medianoche, cuando (como ahora) me acerco al espejo del aseo y contemplo mi rostro cansado. No son arrugas lo que veo. Tampoco una barba incipiente plagada ya de canas. Sino la imagen de una decena de sabios convocándome en un cementerio. Su empeño resultará inútil, pues solo obedezco los mandatos del Todo. En ese preciso instante distingo una chispa de maldad al fondo de mis pupilas. Fuerzo la mirada y mi propia imagen se torna ajena, desconocida, inquietante. Suelo sufrir un escalofrío. Entonces recuerdo mi nombre: "Memitim", el Destructor. Me atribuyen catorce nombres: Azrael, Abaddon, Leviatan, Gabriel... Mi aciago destino consiste en ejecutar las Misiones que Él me asigne».

Llegado a ese punto, mantienes la costumbre de agitar tu cabeza. Quizás pretendas despejarla de lo que querrías considerar pura imaginación. Abres el grifo.

Tus manos formando un recipiente que colmas de agua helada. Al terminar de enjuagarte el rostro frente al espejo, justo antes de apagar la luz, escucharás Mi voz en lo más recóndito de tu mente. Divina Palabra que cada noche te ordena darte la vuelta. Obedeces. Descubres que estás ahí, frente a ti mismo, en el arranque de un pasillo de cualquier vivienda, de cualquier ciudad, de cualquier país de este humano mundo. Comprobarás que no eres mejor ni peor a como te habías imaginado. Eres diferente; simplemente, pareces mortal.

«Entonces, por segunda y última vez, el recuerdo de Su voz: Dios condenándome, lanzando sobre mí una maldición perpetua que me obligaría a morar en el inframundo aguardando Su llamada, a vagar eternamente con el único propósito y aspiración de administrar la Venganza Suprema: odio por odio, dolor contra dolor, maldad frente a maldad. Esa es mi Sacra Encomienda, sencilla aunque implacable.

Aunque también soy el recuerdo de cuantos ajusticié. Soy el pánico en los rostros, el grito de clemencia, la humillación. Pero ante todo, soy el sonido de un alma contaminada precipitándose en las profundidades del infierno.

Soy el sufrimiento eterno.

Soy el perpetuo remordimiento».

Todo cesa de pronto. Sin saber cómo, te descubres tumbado sobre la cama. Hace calor. Estás sudando. La culpa que emana de tu falso cuerpo empapa las blancas sábanas de lino. Antes de dirigirte a Mí para suplicarme por enésima vez la liberación, contemplas tus manos carnales. «¿Una señal? ¿No es Él conocido por tanta Misericordia?», te preguntarás. Pero un segundo después resurge en tu conciencia la desesperación. De sobra sabes que no eres un ángel más, que de nada te serviría mirar al techo y musitar una oración suplicando ser redimido. Tus cometidos no son mortales. Tu castigo es infinito. Eres el Ángel de la Muerte, el Exterminador, y nada ni nadie, salvo Yo mismo, conseguiría revertir tu esencia. ¡Olvidalo!, es tarde para arrepentimientos: estás condenado.

Así pues, cierras los ojos una noche más y aguardas Mi llamada.

